

de los antiguos cuadros góticos hay ángeles así vestidos.

Contemplóse de piés á cabeza en un espejo de cuerpo entero, y exclamó con una explosión de éxtasis inefable:

—Había una vez un rey y una reina. ¡Oh! ¡Qué contenta estoy!

Dicho esto, saludó á Mario y á Juan Valjean.

—Ya veis,—continuó,—voy á instalarme cerca de vosotros en un sillón; dentro de media hora almorzaremos; hablaréis cuanto queráis; ya sé yo que los hombres tienen que tratar muchas cosas; seré prudente.

Mario la tomó del brazo, y le dijo con dulzura:

—Hablamos de negocios.

—A propósito,—respondió Cosette,—he abierto mi ventana, y acaba de llegar al jardín una bandada de gorriones. ¿Creísteis que iba á decir de máscaras? No, que es miércoles de Ceniza. Felizmente no hay miércoles de ceniza para los pájaros.

—Te repito que hablamos de negocios: vamos, mi querida Cosette, déjanos un instante. Son guarismos y te fastidiarías.

—¡Qué bonita corbata te has puesto hoy, Mario! Estáis guapísimo, monseñor. No me fastidiaré.

—Te aseguro que sí.

—Que no. Habláis vosotros, y me basta. Os escucharé, aunque no os comprenda. Cuando una oye las voces de las personas que ama, no necesita comprender sus palabras. Estar juntos, es todo lo que quiero, y me quedaré con vosotros, ¿por qué no?

—Amor mío, imposible.

—¿Imposible?

—Sí.

—Muy bien,—repuso la joven.—¡Os hubiera dicho tantas cosas! Por ejemplo: que el abuelo duerme aún,

que la tía se ha ido á misa, que la chimenea del cuarto de mi padre Fauchelevent echa humo, que Nicolasa ha llamado al deshollinador, que la tía Santos y Nicolasa han empezado ya á gruñir, que Nicolasa se burla de la tartamudez de la tía Santos. Pues bien, no sabréis nada. ¿Conque es imposible? También yo á mi vez, gritaré: es imposible. ¿Quién perderá en el juego? Ea, Mario, querido mío, deja que me quede con vosotros.

—Te juro que necesitamos estar solos.

—¿Acaso soy yo alguien?

Juan Valjean no pronunciaba una palabra. Cosette se volvió hacia él:

—Lo primerito que quiero, padre, es que me deis un abrazo. ¿Cómo calláis así, en vez de tomar mi partido? ¡Vaya un singular padre! Ya veis que soy muy desgraciada en mi nuevo estado. Mi marido me casca. Ea, un abrazo y un beso, pronto.

Juan Valjean se acercó.

Cosette se volvió á Mario:

—A vos esta mueca.

En seguida alargó su frente á Juan Valjean.

Juan Valjean dió un paso hacia ella.

Cosette retrocedió, exclamando:

—¡Qué pálido estáis, padre! ¿Os duele el brazo?

—Está ya bueno.

—¿Habéis dormido mal?

—No.

—¿Estáis triste?

—No.

—¡Vaya! Un beso. Si os sentís bien, si dormís mejor, si estáis contento, no os reñiré,—y le alargó de nuevo la frente.

Juan Valjean besó aquella frente, donde brillaba un celestial reflejo.

—Sonreíos ahora.



Juan Valjean obedeció. Diríase la sonrisa de un espectro.

—Ya es tiempo de que me defendáis contra mi marido.

—Cosette...—empezó á tartamudear Mario.

—Padre, enfadaos. Decidle que debo quedarme; que delante de mí bien se puede hablar. ¡Pues no me creéis poco tonta! ¡Y sobre todo me gusta el pretexto! Negocios, colocar dinero en un Banco ¡gran cosa! Los hombres fingen misterios para darse tono. Sí, señor, quiero quedarme. Mario, mírame; ¿no me encuentras hoy bonita?

Y con un movimiento de hombros adorable, y cierto aire exquisito de despique, fijó los ojos en Mario. Hubo como un relámpago entre aquellos dos seres. Poco importaba que no estuviesen solos.

—¡Te amo!—dijo Mario.

—¡Te adoro!—exclamó Cosette.

Y sin serles dable resistir, se abrazaron estrechamente.

—Ahora,—repuso Cosette al mismo tiempo que arreglaba un doblez del peinador con airecillo de triunfo,—me quedo.

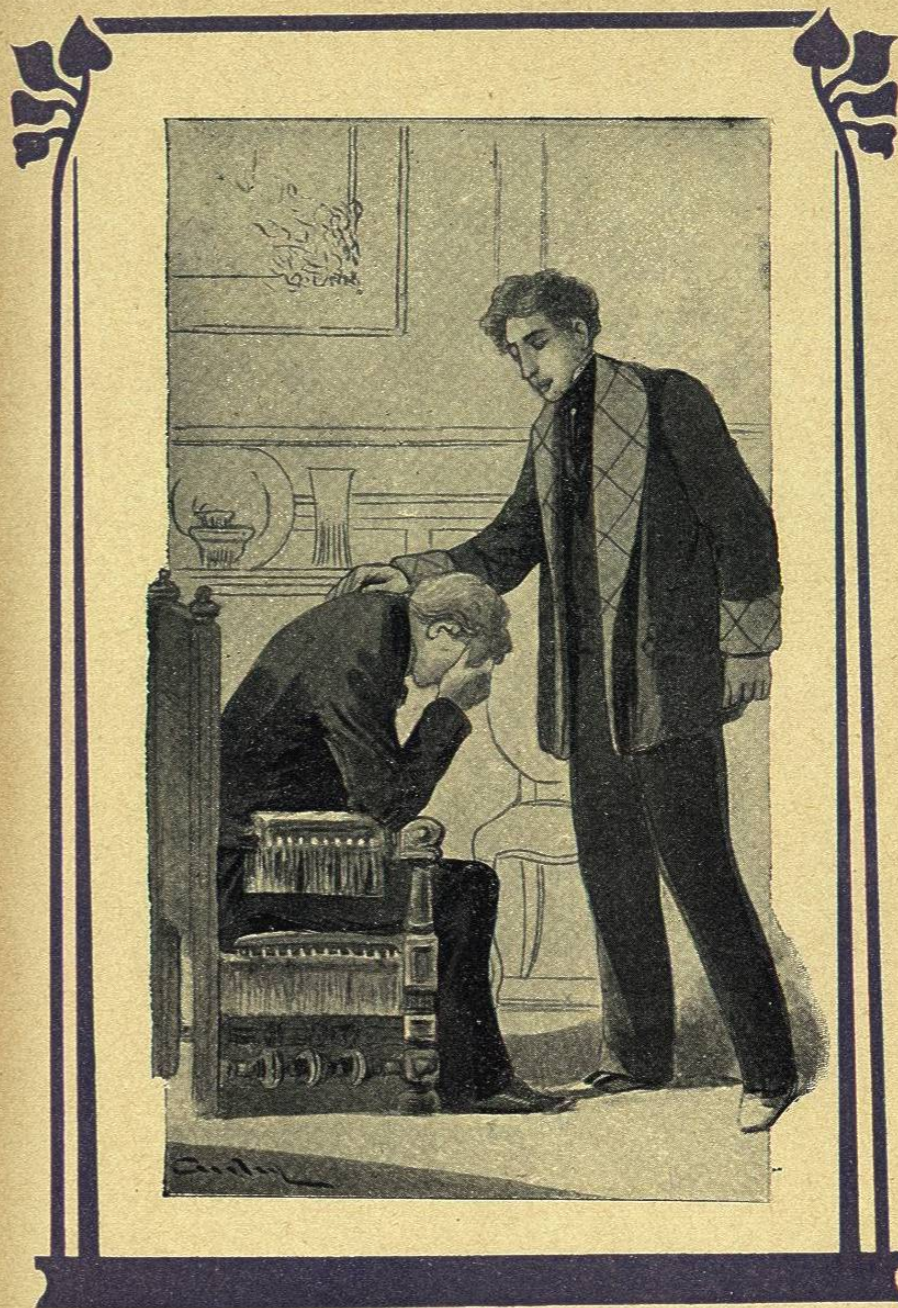
—Eso no,—replicó Mario con tono suplicante.—Tenemos que terminar cierto asunto.

—¿Conque no?

Mario tomó una inflexión de voz grave.

—Cosette, te aseguro que es imposible.

—¡Ah! Me habláis con ese acento, caballero. ¡Está bien! Me marchó. Padre, no me habéis apoyado. Señor marido, señor papá, sois unos tiranos. Se lo voy á contar al abuelo. Si creéis que voy á volver y á deciros necesidades, os equivocáis. Aquí donde me veis, tengo mi poquito de orgullo. Os espero. Ya os convenceréis de que sin mí vais á fastidiaros. Me marchó, y hago perfectamente.



—Serenáos,—dijo Mario,—guardaré vuestro secreto para mí solo.



Salió. Al cabo de dos segundos la puerta se abrió de nuevo, su lindísima cabeza asomó por entre las dos hojas, y les gritó:

—Estoy furiosa.

La puerta se volvió á cerrar y todo quedó otra vez en tinieblas. Fué á manera de un rayo de sol extraviado en los senderos de la noche.

Mario se cercioró de que la puerta estaba bien cerrada.

—¡Pobre Cosette!—murmuró;—cuando sepa...

A estas palabras, Juan Valjean se estremeció y clavó en Mario la vista.

—¡Cosette! ¡Ah! Si, es verdad, se lo vais á decir todo; justo. No había pensado en ello. Se tienen fuerzas para una cosa y faltan para otra. Os lo suplico, señor; os lo ruego por lo más sagrado, dadme palabra de no decirle nada. ¿No basta que vos lo sepáis? Nadie me ha obligado á delatarme, lo he hecho de buen grado; me delataría al universo, ¿qué me importa? Pero ella ignora estas cosas, y se asustaría. ¡Un forzado! Habría que explicárselo; habría que decirle: es un hombre que ha estado en presidio. Ella vió pasar un día la cadena. ¡Oh, Dios mío!

Se dejó caer en un sillón y ocultó el rostro entre las manos. No se le oía; pero por el movimiento de los hombros, se conocía que lloraba. Lágrimas silenciosas; lágrimas terribles.

En el sollozo hay algo de sofocación. Con un movimiento convulsivo se respaldó en el sillón como para respirar, y Mario pudo ver su rostro bañado en llanto, y le oyó decir tan bajo que su voz parecía salir de un abismo sin fondo:

—¡Oh! ¡Quisiera morir!

—Serenaos,—dijo Mario,—guardaré vuestro secreto para mí solo.

Y menos enternecido quizá de lo que debiera,



pero obligado hacia una hora á familiarizarse con aquella horrible revelación; viendo gradualmente convertirse al señor Fauchelevent en un presidiario, cautivado poco á poco por aquella realidad lúgubre, y conducido por la pendiente natural de la situación á medir el intervalo que á ambos separaba, añadió:

—Me es imposible no deciros algo sobre el depósito que tan fiel y honradamente habéis entregado. Es un acto de probidad. Merecéis que se os recompense. Fijad vos mismo la cantidad, y no temáis que sea muy crecida.

—Gracias, señor,—respondió Juan Valjean con dulzura.

Permaneció pensativo un momento, pasando maquinalmente la yema del dedo índice por la uña del pulgar; luego alzó la voz:

—Todo ha concluido, ó poco menos. Una sola cosa me queda...

—¿Cuál?

Juan Valjean experimentó como una suprema vacilación, y sin voz, casi sin aliento, balbuceó:

—Ahora que lo sabéis todo, ¿creéis, señor, pues sois el dueño, que no debo volver á ver á Cosette?

—Sería lo más acertado,—respondió fríamente Mario.

—No volveré á verla,—dijo Juan Valjean.

Y se dirigió hacia la puerta.

Puso la mano en la cerradura, el pestillo cedió, entreabrióse la puerta lo bastante para que pasase Juan Valjean, se quedó un segundo inmóvil, luego cerró de nuevo y se encaró con Mario.

No estaba ya pálido, sino lívido. Sus ojos no tenían ya lágrimas, sino una especie de luz trágica. Su voz había cobrado cierta extraña serenidad.

—Si lo permitís, señor, vendré á verla. Os aseguro que lo deseo muchísimo. Sin eso, sin la necesidad de

ver á Cosette, no os habría hecho esta confesión. Hubiera partido meramente... Pero queriendo permanecer en el pueblo donde vive Cosette y continuar viéndola, me ha parecido que debía descubriroslo todo. ¿Me comprendéis, no es cierto? Es razonable lo que digo. Nueve años hace que no nos separamos; nuestra primera habitación fué esa casuca del boulevard, luego el convento, en seguida junto al Luxemburgo. Allí la visteis por primera vez. Recordaréis su sombrero de felpa azul. Después nos trasladamos al barrio de los Inválidos, donde había una reja y un jardín á la calle Plumet. Desde mi habitación la oía tocar el piano. Tal ha sido mi vida. El uno sin el otro, jamás. Nueve años y algunos meses ha durado esto. Era para ella un padre, y se creía mi hija. No sé si me comprenderéis, señor Pontmercy; pero os aseguro que me sería difícil marcharme ahora y no volverla á ver, no hablarla más, quedarme sin nada en el mundo. Si no os pareciera mal, vendría de vez en cuando á ver á Cosette. No lo haría con frecuencia, ni permanecería aquí mucho tiempo. Daríais orden de que se me recibiese en la salita del primer piso y hasta entraría por la puerta trasera, la de los criados, si no fuese reparable. Valdría más, se me figura, que entre por donde entran todos. Lo esencial es, señor, que desearía ver alguna vez á Cosette, tan pocas como queráis. Poneos en mi lugar; no tengo más que á ella en la tierra. Además de que, si no volviese, lo extrañarían. Lo que podré hacer es venir por la tarde, cuando empiece ya á obscurecer.

—Vendréis todas las tardes,—dijo Mario,—y Cosette os aguardará.

—¡Qué bueno sois!—respondió Juan Valjean.

Mario le saludó; la felicidad acompañó hasta la puerta á la desesperación, y aquellos dos hombres se separaron.